

Dra. Mireya Ojeda

LA GEOGRAFÍA: UN ARMA PARA LA GUERRA

Yves Lacoste *

Todos creen que la geografía no es más que una disciplina escolar y universitaria cuya función consiste en ofrecer los elementos de una descripción del mundo, en una determinada concepción "desinteresada" de la cultura llamada general... ¿Cuál puede ser, en caso contrario, la utilidad de esas migajas heteróclitas de las lecciones que hemos tenido que aprender en el instituto? Las regiones de la cuenca parisina, los macizos de los prealpes del norte, la altitud del Mont Blanc, la densidad de población de Bélgica y de Holanda, los deltas del Asia de los monzones, el clima bretón, longitud-latitud y usos horarios, los nombres de las principales cuencas hulleras de la ex URSS y los de los grandes lagos americanos, la industria textil del Norte (Lille-Roubaix-Tourcoing), etc. Y los abuelos recuerdan que en sus tiempos era preciso saber los departamentos, con sus prefecturas subprefecturas... ¿Para qué sirve todo eso?

Una disciplina molesta pero en un último término fácil, pues como todos saben "en geografía no hay nada que entender, basta con la memoria"... en cualquier caso, desde hace unos años los alumnos no quieren ni oír hablar de esas lecciones que enumeran de cada país o región: relieve, clima, ríos, vegetación, población, agricultura, ciudades, industrias. En los institutos hay tal animadversión hacia la geografía que, sucesivamente, dos ministros de educación (¡y entre ellos un geógrafo!) han llegado a proponer la supresión de esta antigua disciplina "libresca y actualmente superada" (igual que si se tratara de una especie de latín).

Es posible que antes sirviera de algo, pero ahora ¿acaso la televisión, las revistas ilustradas y los diarios no presentan mejor todos los países al compás de la actualidad, y el cine no muestra mejor los paisajes?

En la universidad, donde se desconocen, sin embargo, las "dificultades pedagógicas" de los profesores de historia y geografía de enseñanza media, los catedráticos más sagaces comprueban que la geografía conoce un "cierto malestar"; uno de los decanos de la corporación manifiesta, no sin solemnidad, que "ha entrado en la época de los estallidos". En cuanto a los jóvenes mandarines que se lanzan a la epistemología, acaban por llegar a preguntarse si la geografía es una ciencia, si esta acumulación de elementos de conocimiento tan "sacados" de la geología como de la sociología, de la historia como de la demografía, de la meteorología como de la economía política o de la psicología, puede aspirar a constituir una ciencia auténtica, autónoma, con razón de ser.

Pero, ¡qué caramba!, dirán todos aquellos que no son geógrafos, ¿no hay problemas más urgentes que discutir los males de la geografía?, o, en términos más expeditivos, "la geografía me la trae floja ..." ya que no sirve para nada.

Pese a unas apariencias cuidadosamente mantenidas, los problemas de la geografía no conciernen únicamente, ni mucho menos, a los geógrafos, sino, a fin de cuentas, a todos los ciudadanos. Pues el discurso pedagógico constituido por la geografía de los profesores, tanto más fastidioso cuanto que, en la medida en que los medios de información despliegan su espectáculo del mundo, disimula, a los ojos de todos, el temible instrumento de fuerza que es la geografía para los que ostentan el poder.

La geografía sirve, de entrada, para hacer la guerra. Ante toda ciencia, ante todo saber es obligatorio plantearse una cuestión epistemológica previa; el proceso científico va unido a una historia y debe ser visto por una parte en sus relaciones con las ideologías y como práctica o como poder.

Plantear de entrada que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra no supone que sólo sirva para dirigir unas operaciones militares; sirve también para organizar los territorios no sólo en previsión de las batallas que habrá de librar contra tal o cual adversario, sino también para controlar mejor a los hombres sobre los cuales ejerce su autoridad el aparato del Estado.

* Tomado de *La geografía un arma para la guerra* de Yves Lacoste, Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 5-15.

Dra. Mireya Olea

LA GEOGRAFÍA: UN ARMA PARA LA GUERRA

Yves Lacoste *

Todos creen que la geografía no es más que una disciplina escolar y universitaria cuya función consiste en ofrecer los elementos de una descripción del mundo, en una determinada concepción "desinteresada" de la cultura llamada general... ¿Cuál puede ser, en caso contrario, la utilidad de esas migajas heteróclitas de las lecciones que hemos tenido que aprender en el instituto? Las regiones de la cuenca parisina, los macizos de los prealpes del norte, la altitud del Mont Blanc, la densidad de población de Bélgica y de Holanda, los deltas del Asia de los monzones, el clima bretón, longitud-latitud y usos horarios, los nombres de las principales cuencas hulleras de la ex URSS y los de los grandes lagos americanos, la industria textil del Norte (Lille-Roubaix-Tourcoing), etc. Y los abuelos recuerdan que en sus tiempos era preciso saber los departamentos, con sus prefecturas subprefecturas... ¿Para qué sirve todo eso?

Una disciplina molesta pero en un último término fácil, pues como todos saben "en geografía no hay nada que entender, basta con la memoria"... en cualquier caso, desde hace unos años los alumnos no quieren ni oír hablar de esas lecciones que enumeran de cada país o región: relieve, clima, ríos, vegetación, población, agricultura, ciudades, industrias. En los institutos hay tal animadversión hacia la geografía que, sucesivamente, dos ministros de educación (¡y entre ellos un geógrafo!) han llegado a proponer la supresión de esta antigua disciplina "libresca y actualmente superada" (igual que si se tratara de una especie de latín).

Es posible que antes sirviera de algo, pero ahora ¿acaso la televisión, las revistas ilustradas y los diarios no presentan mejor todos los países al compás de la actualidad, y el cine no muestra mejor los paisajes?

En la universidad, donde se desconocen, sin embargo, las "dificultades pedagógicas" de los profesores de historia y geografía de enseñanza media, los catedráticos más sagaces comprueban que la geografía conoce un "cierto malestar"; uno de los decanos de la corporación manifiesta, no sin solemnidad, que "ha entrado en la época de los estallidos". En cuanto a los jóvenes mandarines que se lanzan a la epistemología, acaban por llegar a preguntarse si la geografía es una ciencia, si esta acumulación de elementos de conocimiento tan "sacados" de la geología como de la sociología, de la historia como de la demografía, de la meteorología como de la economía política o de la psicología, puede aspirar a constituir una ciencia auténtica, autónoma, con razón de ser.

Pero, ¡qué caramba!, dirán todos aquellos que no son geógrafos, ¿no hay problemas más urgentes que discutir los males de la geografía?, o, en términos más expeditivos, "la geografía me la trae floja ..." ya que no sirve para nada.

Pese a unas apariencias cuidadosamente mantenidas, los problemas de la geografía no conciernen únicamente, ni mucho menos, a los geógrafos, sino, a fin de cuentas, a todos los ciudadanos. Pues el discurso pedagógico constituido por la geografía de los profesores, tanto más fastidioso cuanto que, en la medida en que los medios de información despliegan su espectáculo del mundo, disimula, a los ojos de todos, el temible instrumento de fuerza que es la geografía para los que ostentan el poder.

La geografía sirve, de entrada, para hacer la guerra. Ante toda ciencia, ante todo saber es obligatorio plantearse una cuestión epistemológica previa; el proceso científico va unido a una historia y debe ser visto por una parte en sus relaciones con las ideologías y como práctica o como poder.

Plantear de entrada que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra no supone que sólo sirva para dirigir unas operaciones militares; sirve también para organizar los territorios no sólo en previsión de las batallas que habrá de librar contra tal o cual adversario, sino también para controlar mejor a los hombres sobre los cuales ejerce su autoridad el aparato del Estado.

* Tomado de *La geografía un arma para la guerra* de Yves Lacoste, Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 5-15.

La geografía es, en primer lugar, un saber estratégico estrechamente unido a un conjunto de prácticas políticas y militares, y son dichas prácticas las que exigen la recopilación articulada de informaciones extremadamente variadas y a primera vista heterogéneas, cuya razón de ser y cuya importancia no es posible entender si nos limitamos a la legitimidad de la división del Saber para el Saber. Son esas prácticas estratégicas las que hacen que la geografía resulte necesaria, en primer término, para quienes son los amos de los aparatos del Estado. ¿Se trata realmente de una ciencia? En el fondo, la cuestión carece de importancia: no es esencial desde el momento en que tomamos conciencia de que la articulación de conocimientos referentes al espacio, es decir, la geografía, es un saber estratégico, es un poder.

La geografía, en tanto que descripción metódica de los espacios, tanto bajo los aspectos que se han denominado "físicos" como bajo sus características económicas, sociales, demográficas y políticas (por referirnos a una cierta división del saber), debe situarse absolutamente, en tanto que práctica y en tanto que poder, en el marco de las funciones que ejerce el aparato del Estado para el control y la organización de los hombres que pueblan su territorio y para la guerra.

Mucho más que una serie de estadísticas o un conjunto de textos, el mapa es la forma de representación geográfica por excelencia; en el mapa deben ser llevadas todas las informaciones necesarias para la elaboración de las tácticas y de las estrategias. La formalización del espacio significado por el mapa no es gratuita ni desinteresada: medio de dominación indispensable, de dominación del espacio; el mapa fue elaborado en primer lugar por militares y para militares. La producción de un mapa, es decir, la conversión de una concreción mal conocida es una representación abstracta, eficaz y digna de confianza, es una operación ardua, larga y costosa que sólo puede ser realizada por y para el aparato del Estado. El trazado de un mapa implica un cierto dominio político y científico del espacio representado, es un instrumento de poder sobre dicho espacio y sobre las personas que viven en él. No es extraño que todavía hoy un gran número de mapas, y sobre todo los mapas a gran escala, muy detallados, que frecuentemente se denominan "mapas de estado mayor", caigan bajo el secreto militar en un gran número de países (especialmente en los estados socialistas).

Si la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra y ejercer el poder, no sirve sólo para eso; aunque no lo parezca, sus funciones ideológicas y políticas son considerables: en el contexto de expansión del pangermanismo (los imperialismos francés e inglés se desarrollaron fundamentalmente en unos ambientes intelectuales diferentes) fue donde Friedrich Ratzel (1844-1904) realizó la obra que todavía hoy sigue influyendo considerablemente en la geografía humana; su *Anthropogeographie* va estrechamente unida a su *Politische geographie*. Recogiendo buen número de conceptos ratzelianos, como el de Lebensraum (espacio vital), y los de los geógrafos norteamericanos y británicos (H. J. Mackinder y A. T. Mahan), recién acabada la Primera Guerra Mundial, el general Karl Haushofer (1869-1946) confirió un decisivo impulso a la geopolítica. Es cierto que buen número de geógrafos considerarían un absurdo total que se establezca una relación entre su geografía "científica" y la empresa del general nazi (poseía el carnet No. 3 del Partido Nacional Socialista). La política "militar" es la expresión más exacerbada de la función política e ideológica que puede tener la geografía. Cabría incluso preguntarse si la doctrina del Führer no estuvo inspirada en gran parte por los razonamientos de Haushofer, ya que sus relaciones fueron estrechas, en especial a partir de 1923-1924, época en que Adolfo Hitler escribía *Mein Kampf* en la cárcel de Munich.

A partir de 1945 resultó de mal tono referirse a la geopolítica, sin embargo, aunque de manera más discreta, los estrategas de las grandes potencias prosiguieron el tipo de investigaciones emprendidas por los institutos de geopolítica de Munich y de Heidelberg. Esta es especialmente la tarea de los servicios que trabajan a partir de las orientaciones de "dear Henry" Kissinger (quien hizo sus primeras armas como historiador, mas su tesis se refiere a una discusión geopolítica por excelencia: el Congreso de Viena). Hoy más que nunca, son argumentos de tipo geográfico los que se impregnan de lo esencial del discurso político, refiérase a los problemas "regionalistas" o a nivel planetario, a los del "centro" y de la "periferia", del "norte" y del "sur".

Pero la geografía no sirve únicamente para apuntalar, con la nebulosidad de sus conceptos, cualquier tesis política. En realidad, la función ideológica esencial del discurso de la geografía escolar y universitaria ha sido sobre todo la de enmascarar, mediante procedimientos que no son evidentes, la utilidad práctica del análisis del espacio, tanto fundamentalmente para la dirección de la guerra como para la organización del Estado y la práctica del poder. En el momento en que, sobre todo, evidencia su "inutilidad", el discurso geográfico ejerce su función

embaucadora más eficaz, pues la crítica de sus afirmaciones "neutras" e "inocentes" parece superflua. La proeza ha consistido en hacer pasar un saber estratégico militar y político por un discurso pedagógico o científico totalmente inofensivo.

Como veremos, las consecuencias de este engaño son graves. Por dicho motivo es especialmente importante afirmar que la geografía sirve, en primer lugar, para hacer la guerra, o sea, desenmascarar una de sus funciones estratégicas esenciales y desmontar los subterfugios que la hacen pasar por inofensiva e inútil. El general Pinochet también es un geógrafo.

Afirmar que la geografía sirve en primer lugar para la guerra y el ejercicio del poder, no significa recordar los orígenes históricos del saber geográfico. En primer lugar debe ser entendido en este caso no en el sentido de "para comenzar, antiguamente" sino en el de "principalmente, ahora". Como máximo los geógrafos universitarios no pasan de insinuar el papel de una especie de "geografía primitiva" (Alain Reynaud) en la época en que el saber establecido por el geógrafo del rey no estaba destinado a los jóvenes alumnos o a sus futuros profesores, sino a los jefes militares y a los dirigentes del Estado.

Pero los universitarios de hoy consideran unánimemente, sean cuales fueren sus tendencias ideológicas, que la auténtica geografía, la geografía científica (el Saber por el Saber), la única de la que resulta digno hablar, no aparece sino hasta el siglo XIX, con los trabajos de Alexander von Humboldt (1769-1859) y con los de sus sucesores en la famosa Universidad de Berlín, fundada por su hermano, estadista prusiano de primera fila.

En realidad, pese a lo que digan los universitarios, la geografía es mucho más antigua: ¿acaso los "grandes descubrimientos" no son geografía? ¿O las descripciones de los geógrafos árabes de la Edad Media? La geografía existe desde que existen aparatos del Estado; desde que Herodoto (por citar un ejemplo del mundo "occidental"), en el año 446 a.C., ya no cuenta una historia (o unas historias) sino que procede a una auténtica "investigación" (éste es el título exacto de su obra) en función de los objetivos del "imperialismo" ateniense.

En efecto, hasta el siglo XIX no apareció el discurso geográfico escolar y universitario, destinado esencialmente (al menos desde un punto de vista estadístico) a los jóvenes alumnos. Discurso jerarquizado en función de los grados de la institución escolar, con su sabia culminación, la geografía en tanto que ciencia "desinteresada". En efecto, sólo en el siglo XIX aparece la geografía de los profesores, que ha sido presentada como la única línea geográfica de la que conviene hablar.

No obstante, a partir de esta época, la geografía de los militares, por muy discreta que se haya hecho, no ha dejado de existir, con un personal especializado cuyo número no es despreciable, con unos medios considerables, con sus razonamientos y sus métodos, sigue siendo, al igual que siglos atrás, un temible instrumento de poder.

Este conjunto de representaciones cartográficas y de conocimientos muy variados tratados en su relación con el espacio terrestre y con las diferentes prácticas del poder, constituye un saber claramente percibido como estratégico por una minoría dirigente; lo utiliza como instrumento de poder. A la geografía de los militares que deciden a partir de los mapas su táctica y su estrategia, a la geografía de los dirigentes del aparato del Estado que estructuran su espacio en provincias, departamentos, distritos, a la geografía de los exploradores (con frecuencia militares) que han preparado la conquista colonial y la "valorización", se ha sumado la geografía de los estados mayores de las grandes firmas y de los grandes bancos que deciden la localización de sus inversiones en el plano regional, nacional e internacional.

Estos diferentes análisis geográficos, estrechamente unidos a prácticas militares, políticas y financieras, constituyen lo que se puede denominar la "geografía de los estados mayores", desde las de los ejércitos hasta la de los grandes aparatos capitalistas.

Pero esta geografía de los estados mayores es casi totalmente ignorada por todos aquellos que no la practican como instrumento de poder.

Hoy más que nunca, la geografía sirve en primer lugar para hacer la guerra. La mayoría de los geógrafos universitarios imaginan que, a partir de la confección de unos mapas relativamente precisos para todos los países, para todas las regiones, los militares ya no necesitan recurrir a la ciencia geográfica, a los conocimientos dispares que reúne (relieve, clima, vegetación, ríos, distribución de la población, etc.). Nada más falso. En primer lugar, porque las "cosas" se transforman con rapidez; si bien la topografía evoluciona con mucha lentitud, la localización

de las instalaciones industriales, el trazado de las vías de circulación, las formas de hábitat se modifican a un ritmo mucho más rápido y hay que tener en cuenta estos cambios para establecer las tácticas y las estrategias.

Por otra parte, la puesta en práctica de nuevos métodos bélicos implica un análisis muy preciso de las combinaciones geográficas, de las relaciones entre los hombres y las "condiciones naturales" que se pretende precisamente destruir o modificar para hacer inhabitable una región o para iniciar un genocidio.

La guerra de Vietnam ofrece numerosas pruebas de que la geografía sirve para hacer la guerra de la manera más total y generalizada. Uno de los ejemplos más conocidos y dramáticos ha sido la aplicación, en 1965, 1966 y 1967 y sobre todo en 1972, de un sistemático plan de destrucción de la red de diques que protegen las llanuras extremadamente pobladas de Vietnam del Norte: atravesadas por ríos tumultuosos, de terribles crecidas, que corren, no por los valles, sino al contrario, por terrenos altos, por los terraplenes formados por sus aluviones. Estos diques, cuya importancia es, de hecho, absolutamente vital, no podían ser objeto de bombardeos masivos, directos y evidentes, pues la opinión pública internacional lo habría interpretado como la prueba de la perpetración de un genocidio.

Era preciso, pues, atacar esa red de diques, de manera precisa y discreta, en determinados lugares esenciales para la protección de los quince millones de hombres que viven en esas llanuras rodeadas de montañas. Era preciso que los diques se rompieran en los lugares donde la inundación tendría las más desastrosas consecuencias.

La elección de los lugares que había que bombardear procede de un razonamiento geográfico que implica altos niveles de análisis espacial.

En agosto de 1972, utilizando un conjunto de razonamientos y análisis que son específicamente geográficos, conseguí demostrar, sin la menor contradicción, la estrategia y la táctica que el estado mayor americano practicaba contra los diques. Si una investigación geográfica ha permitido desenmascarar al Pentágono, es porque su estrategia y táctica se basaban esencialmente en un análisis geográfico. No tuve más que reconstruir, a partir de informaciones principalmente geográficas, el razonamiento elaborado para el Pentágono por otros geógrafos ("civiles" o de uniforme, da igual).

El plan de bombardeo de los diques del delta del río Rojo no debe ser considerado como una empresa excepcional que aprovechara unas condiciones geográficas muy especiales, sino, al contrario, como una operación que parte de una estrategia de conjunto: la "guerra geográfica" puesta en práctica masivamente en Indochina y sobre todo en Vietnam del Sur durante más de diez años ha sido llevada con una combinación de medios poderosos y variados. Esta estrategia ha sido frecuentemente denominada "guerra ecológica" (ya sabemos que la ecología es una palabra de moda). Pero, en realidad, hay que referirse a la geografía, pues no se trata únicamente de destruir o alterar las relaciones ecológicas, se trata de modificar en amplísima medida la situación en que viven millares de hombres.

En efecto, no se trata únicamente de destruir la vegetación para obtener resultados políticos y militares, de transformar la disposición física de los suelos, de provocar voluntariamente nuevos procesos de erosión, de alterar determinadas redes hidrográficas para modificar la profundidad del nivel de base (para secar los pozos y arrozales), de destruir los diques: se ha intentado modificar radicalmente la distribución espacial de la población practicando por diversos medios una política de reagrupación en las "aldeas estratégicas" y de urbanización forzada.

Estas acciones destructivas no son únicamente la consecuencia involuntaria de la magnitud de los medios de destrucción utilizados actualmente sobre un cierto número de objetivos por la guerra tecnológica e industrial. Son también el resultado de una estrategia deliberada y minuciosa cuyos diferentes elementos se han coordinado científicamente en el tiempo y en el espacio.

La guerra de Indochina señala una nueva etapa en la historia de la guerra y de la geografía, por primera vez han sido utilizados métodos de destrucción y de modificación del medio geográfico, tanto en sus aspectos "físicos" como "humanos", para suprimir las condiciones geográficas indispensables para la vida de varias decenas de millones de hombres.

La guerra geográfica, con unos métodos diferentes según las regiones, puede ser aplicada en todos los países.

Afirmar que la geografía sirve fundamentalmente para hacer la guerra no significa sólo que se trata de un saber indispensable para quienes dirigen las operaciones militares, ni tampoco de desplazar las tropas y sus

armamentos una vez iniciada la guerra; se trata asimismo de prepararla, tanto en las fronteras como en el interior, de elegir el emplazamiento de las plazas fuertes, de construir varias líneas de defensa y de organizar las vías de circulación. "El territorio con su espacio y su población no es únicamente la fuente de toda fuerza militar, sino que también forma parte integrante de los factores que actúan sobre la guerra, aunque sólo sea porque constituye el teatro de las operaciones...", escribió Carl von Clausewitz (1780-1831), de quien Lenin pudo decir era "uno de los escritores militares más profundos... un escritor cuyas ideas fundamentales se han convertido actualmente en el haber de todo pensador". El libro de Clausewitz, *De la guerra*, puede y debe ser leído como un auténtico libro de "geografía activa".

Vauban (1633-1707) no es únicamente uno de los más famosos constructores de fortificaciones, es también uno de los mejores geógrafos de su época, uno de los que mejor conoce el reino, en especial al nivel de las estadísticas y de los mapas; su proyecto de "diezmo real" traduce una concepción global del estado como algo a reorganizar. Vauban aparece como uno de los primeros teóricos y prácticos franceses de lo que hoy se denomina la ordenación del territorio. Prepararse para la guerra, tanto para la lucha contra otros aparatos del Estado como para la lucha interior contra aquellos que discuten el poder o quieren apoderarse de él, es organizar el espacio de manera que permita actuar con la mayor eficacia.

En nuestros días la proliferación de discursos que versan sobre la ordenación del territorio, en términos de armonía, de búsqueda de mejores equilibrios, sirve sobre todo para ocultar las medidas que permiten a las empresas capitalistas, especialmente a las más fuertes, aumentar sus beneficios. Hay que darse cuenta de que la ordenación del territorio no tiene como objetivo único la obtención del máximo beneficio, sino también el de organizar estratégicamente el espacio económico, social y político, de manera que el aparato del Estado esté capacitado para sofocar los movimientos populares. Si eso resulta escasamente visible en los primeros países industrializados, los planes de organización del espacio están manifiestamente muy influidos por las preocupaciones policíacas y militares en los estados, como Irán, cuya industrialización es un fenómeno reciente y rápido.

Hoy importa más que nunca estar atento a esta función política y militar de la geografía, la propia desde el principio. En nuestros días, adquieren una amplitud y formas nuevas, debido no únicamente al desarrollo de los medios tecnológicos de destrucción y de información sino también a los progresos del conocimiento científico.